

Guardar las palabras, guardar el tiempo

Marifé Santiago-Bolaños ⁽¹⁾

Resumen: Partiendo, como excusa ejemplar, de la visita a la exposición *La edad de oro de los judíos de Al Andalus*, se propone una reflexión en torno a la necesidad o no de guardar, para compartirla, la memoria, con sus cruces entre lo personal y lo común. Dicha reflexión se convierte en inicio de un pensar el sentido del museo hoy, cuando las coordenadas espacio y tiempo han cambiado y, por lo mismo, se ha desterritorializado lo que pudo considerarse idiosincrasia o, incluso, cultura identitaria. ¿Qué sentido tiene todavía hablar de recoger el tiempo cuando lo que se ofrece es, precisamente, “perderlo” en el sentido más superficial del término?, ¿dónde queda el valor de lo íntimo, como cimiento de la creatividad y, por lo mismo, de la libertad, cuando el neoliberalismo se sostiene en el consumo de la exhibición, menospreciando la experiencia profunda de la contemplación y la escucha, claves del respeto?

Palabras clave: Memoria - Tiempo - Archivo - Palabra - Museo - Respeto

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 176]

⁽¹⁾ **Marifé Santiago-Bolaños** es Poeta y Ensayista, Doctora en Filosofía, Profesora de la Universidad Complutense de Madrid (España), Académica correspondiente de la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce, Patrona de la Fundación María Zambrano (España).

[Carta de Marifé Santiago-Bolaños a las integrantes de Athena. Comunicación personal, 6 de diciembre de 2023]

Guardar las palabras, guardar el tiempo

Buenos días, queridas amigas

Llevo toda la mañana con una imagen que me persigue porque, me parece, algo tiene de nosotras. En la fotografía, un hombre (voy a llegar a saber que es Salomon Schechter,

profesor de rabinismo en la Universidad de Cambridge) está rodeado de papeles: mesas, cajas desbordadas, creo reconocer hasta un saco, alguna bolsa que podría confundirse con serlo de basura. Sin embargo, hay un extraño y apaciguador orden que se sustenta en la luz. El espacio... no sé: los ojos se me van a la textura del suelo. El suelo sostiene la atmósfera, la refleja, permite descartar que sea un sótano o un trastero desordenado e intuir la sala de estudios protegidos, biblioteca secreta de un lugar secreto que se abre a la indiscreta mirada de una cámara fotográfica. Se habita algo onírico. Dejo de llamar “habitación” a ese lugar, necesito escribir una palabra que evoque otras sensaciones y establezca otros enlaces. Serán las puertas, evocadoras, las que me ayuden. Por sus reminiscencias poéticas y místicas, elijo “estancia”; también elijo “morada”. Y recuerdo un texto de María Zambrano, escrito en 1951, en el que da cuenta de una visita que le han hecho Marcel Proust (ella lo llama “Marcelo” según costumbre del periodo) y Miguel de Cervantes. La visita no es un sueño, dice estar segura de eso, pero dada la imposibilidad racional de que fuera visita verdadera acaba considerándola un “delirio”. Epistemológico, añadido.

Vuelvo a la fotografía que ha puesto en el camino a mis palabras. Alguien contempla la escena: ahora, soy yo dentro de la estancia delirante; en algún momento, otros fueron los ojos. Quien fijó la imagen sabía que le daba condición de humana infinitud, que ese momento detenido en la temporalidad acabaría siendo “pieza de museo”. “Pieza” de tiempo, eso es lo que un museo custodia. Creo que, por esa razón, ha llegado a esta carta Proust, y lo ha hecho en compañía del quijotesco Cervantes. El tiempo y la palabra en una lengua que nos acercó, amigas, hace ya años mensurables en la medida humana y, desde luego, inmensos en medida de amistad y poesía. Lengua matricial, lengua amiga: la poética cómplice de la creatividad de las mujeres. Guardamos sin acumular, con un porqué que compartimos, somos memorias que fermentan el pan para el porvenir. Frente a la definición oficial de tantas miradas, que hacen de la épica su condición de éxito constriñendo al ser humano en su condición de ser para la muerte, nosotras nos queremos saber parte de esa otra comunidad, la de la poesía, la de las mujeres que, como aquella, se dieron la vuelta, con su pensamiento y sus sueños, para enfrentar el pasado y que este no las empujara como si fuéramos sus rehenes. Hilanderas de la vida, *flâneuse* que se sienta a respirar el mundo para aprender de sus tramas, que alza los ojos del corazón hacia el porvenir sabiendo que ese gesto contiene compasión y posibilidad.

Regreso a la tonalidad ocre, desértica, añosa de la imagen. Ha acabado siendo “la tonalidad del tiempo perdido” desde aquellos anales de la fotografía que nos enseñaban a mirar de un modo que, antes de ella, no era el mismo. Ese tono como solar en la noche, como nocturno en el día acompaña el recuerdo. Hay quien ha llegado a insinuar que se sueña y se recuerda así, y que cuando aparece un destello con otra coloración en el sueño o en la memoria es un señalar, una cartela explicativa que pide interpretación. Ocurre que esta fotografía “cobra color” para mí a medida que la escucho para contaros a vosotras. Porque, ¿qué guardan de nosotras las memorias guardadas en esos lugares adjudicados a las Musas –los museos, no solo físicos–, siempre amparadas por su madre Mnemosyme –la memoria?, ¿qué cuento cuentan?, ¿qué canto cantan?, ¿de qué lengua originaria se valen para contar?, ¿qué palabras fijadas en la temporalidad recobran –qué tiempo recobrado–

cada vez que nos adentramos en sus estancias, en sus moradas, en sus castillos interiores? En algún lugar leí que cierta tradición griega remonta el nacimiento de las Musas a la necesidad de que pueda eternizarse lo efímero a través de su canto; esa es la causa por la que Zeus dio vida a las divinidades hijas de Mnemosyne, erigidas, desde entonces, en protectoras de la creatividad humana, protegida, a su vez, por esa extraña forma de conciencia que es el recuerdo, siempre caminando entre lo sido y la imaginación. Desde el instante en que nuestros ojos se prenden ahí –y voy a volver al término “prenderse” en un momento– nuestra historia individual deja de serlo “adánica” y se descubre formando parte de lo contado; y, a la vez, se descubre parte de lo que se contará a partir de este ahora. Sobrecoge la sonoridad de tal silencio, la infinitud que significa el rastro, la huella, la fisura abierta en el tiempo. Y su universal universo.

Recuerdo que asistí a la proyección de una película documental en torno al “mago” Mariano Fortuny. Se titulaba algo semejante a *El universo en una caja* aludiendo al “poco espacio” que ocupa el guardado de un vestido de pliegues Fortuny. Tiene algo de rollo de oración, de papiro flexible donde caben infinitud de relatos, o de papel japonés que, doblado convenientemente, transformará lo matemático y lo físico en obra de arte. ¿No hay algo así en el gesto concentrado del profesor Schechter?: nada queda fuera de su concentración, la plegada envergadura de su cuerpo, la frente sostenida por la mano para que la memoria no se desparrame entre los pliegues de la razón ni se desmorone la forma que destruiría una “pieza”. Cada pieza es única, le dedicará su empeño absoluto, la convertirá en piedra angular (*Ver Figura 1*).

Parece ser que, en 1896, dos hermanas gemelas, Agnes Lewis y Margaret Gibson, viajaron a Egipto y Palestina. También el viaje que lo es tiene mucho de recorrido laberíntico, si me atengo a todo lo insinuado ya en esta carta... Ellas trabajaban la escritura manuscrita, habían comprado “trozos” de papeles que vendía un anticuario. Se los llevaron al hombre de la fotografía, su amigo, cuando volvieron a Cambridge. Se me llenan las ganas de pensar en torno a lo que “manuscrito” significa; pero lo dejaré esperando todavía...

No me digáis que no habéis escuchado, con certeza plena, con total claridad, el corazón de Schechter cuando descubriera que una de esas páginas contenía el perdido original en hebreo del *Libro de Ben Sira*, conocido en el cristianismo como *Eclesiastés*. No me digáis que no estáis acompañándolo, emocionadas como yo misma, a El Cairo donde se reunirá con el Gran Rabino de Egipto quien le mostrará la “*guenizá*” de la sinagoga de Bem Ezra. No me digáis que no se os saltan las lágrimas de no sé qué experiencia ancestral que reiteran los mejores momentos museísticos, o los momentos que por ser extraordinarios merecerían serlo: el rabino le dijo que tomase aquello que quisiera; el profesor Solomon Schechter lo quería todo, así que doscientos mil fragmentos llegaron a la biblioteca de la Universidad de Cambridge, he aquí el aura que a pesar de la “reproductividad técnica” se mantiene en la fotografía.



Figura 1. “La edad de oro de los judíos de Al Andalus”, Exposición en el Centro Sefarad-Israel (Madrid). (Fuente: Fotografía de Marifé Santiago-Bolaños).

Amigas

¿Por qué esta necesidad de guardar en el tiempo la memoria?, ¿para guardarnos?, ¿desde dónde llega ese reconocimiento, esa anagnórisis que provoca tanto una vuelta a Platón como al teatro trágico y sus señalamientos de que nada se aprende porque aprender es tan solo recordar?, ¿dónde estaba eso recordado, reconocido que nos afecta, que se nos prende al alma y la agita como si de un pedazo de la misma anduviera abandonada, vagando hasta ese momento en el que la sorpresa modifica el rumbo del pensar y del sentir?

Me preguntaba, a la par que os escribo, y sin querer caer en lícitas explicaciones psicológicas porque es otra la intención, qué secreto aflora en las palabras y en las cosas para que las resignifiquemos en un uso que ya no es materialista ni práctico, incluso si han dejado su función social. Algo se queda porque era de alguien o de un lugar o de un momento. Algo se nos queda y nos lo quedamos. Lo que conservamos así parece protegernos, como si el hilo del quién, del cuándo o del dónde desvelaran que bajo la apariencia, la norma y la inevitable intromisión de la actualidad respira sin prisa el aire puro del que respiramos pureza.

Me quedo con esta última imagen: el aire puro, ese compuesto de sustancias límpidas del sueño creador; el que cuida y ordena la geografía ignota de nuestras existencias; el que sopla para que se desvanezca lo que intoxica. Lo que intoxica lo logra porque es ajeno, porque no le corresponde a la naturaleza que cada una somos. La naturaleza general y la particular, la compartida y la que aporta peculiaridad propia al mundo, tiende por obvia fuerza a la armonía.

Fijaos: escribo lo anterior y el pensamiento, siempre bailando, siempre dibujando la coreografía de una idea, su envergadura, su corporalidad, su forma, me lleva otra vez a la imagen del profesor sobre un universo convertido en “*guenizá*”. Esta palabra, según leo, significa “depósito” para aquellos textos sagrados por los que el tiempo y sus materias han pasado impidiendo que puedan ya leerse. Han perdido ya su “palabra visible”, pero el solo hecho de saber que en ellos se posó una palabra sagrada hace que se conserven. Superemos la básica prescripción legal religiosa, me intereso por la acción que pervive aunque se desgaje de ella. Si en el judaísmo no puede destruirse nada que haya tenido escritos ciertos términos, más allá del contexto que podría serlo heredado o pactado actuamos igual cuando guardamos, en el depósito para lo sagrado cotidiano, aquello impregnado de un valor que le confiere nuestra memoria afectiva o intelectual –no desechemos esto último– a lo que evoca una intensidad sustentadora. La racionalidad sobrepasada por sí misma se paraliza ante sus atribuciones de explicación y sentido y se comporta, entonces, buscando justificación de urgencia ante lo que obra, tan solo, instalado en la acción que podríamos llamar “lo poético”.

Lo poético porque se trata de un hacer que ya no es instrumento técnico objetivable, sino hacer generador de valores que “lo objetivo” sería incapaz de gestionar. Guardo una piedra minúscula, una hoja de árbol que recogí en un lugar o en un momento precisos, un billete de autobús, una entrada de teatro, un programa de mano... porque su custodia me guarda ... Me muestran, en una vitrina o en una casa particular, un fragmento de barro que pudo ser un plato: si se me da una fecha o se me aporta un nombre de alguien que pudo haberlo mirado en su completud, como yo miro ahora el fragmento, de inmediato se establece un vínculo, un hilo de tiempo, un puente de memoria que me transforma en “depósito” de vida para lo sagrado “a-objetivo” que le da humanidad a lo humano.

Cuando en el siglo XI de la era común la población judía de El Cairo antiguo (Fustat era el topónimo) levantó la sinagoga no se olvidó de ese depósito de memoria sagrada escrita. De modo que, cuando nueve siglos después se accedió a su “*guenizá*” emergía lo sacro que pueden contener –o que debería contener siempre, al margen de los términos que lo sean– una carta privada con su correspondiente reflexión, escrituras que hablan de logros y pérdidas, documentos comerciales comunitarios, cartillas de escuela, versos, investigación científica, filosofía, cantos. Una comunidad creada a través de las palabras se reforzaba en las memorias cruzadas de habitantes de territorios lejanos, contemporáneos y convecinos no en el espacio y el tiempo, sino en el pacto.

No hay pacto sin ceremonia ritual. La ceremonia extrae la esencia sagrada que late en todo lo profano poetizado que, si somos conscientes, lo sostiene. La reiteración con conciencia

“deshumilla” lo que, inerte, pesa en lo material, y le otorga ánima y le enseña que así ha de obrarse con los seres humanos. El tránsito del no ser al ser de la justicia y de la dignidad requiere, pues, esa chispa que la conciencia llama y magnifica.

Lo nada –que no “la nada”–, como en el mito griego de Fanes, empieza a ser “mirado” y, por lo tanto, se desprende de la cáscara del caos adquiriendo prestancia y presencia cósmica. Podríamos, pues, empezar a hablar, casi como sinónimos, de estética y de ética, ¿os dais cuenta? Una educación en el contemplar y en el escuchar para que el espacio de lo común florezca en el respeto.

(Sé que he sembrado la carta de comillas; las necesito para que la velocidad del mirar y la lectura se ralenticen en ellas, para que ver se convierta en contemplar, para que oír se convierta en escuchar).

Museo: vocación de contemplación y escucha; obligación de determinar lo indeterminado, de señalar las capas activas y su memoria. Museo: su distribución vincular nos hace receptoras del hilo de Ariadna cuando entramos. *La vida instrucciones de uso*, como el libro-mapa-portulano-archivo de George Perec. Hilo que guía y alumbra, que defiende e invita al riesgo sin que sea contradictorio. O porque lo es... Sin separaciones, el hilo une, el hilo permite que no digamos “otredad” como si eso llevase aparejado una separación. Estética es Ética. Sé que esto requiere un descanso argumental, quizás un té cálido que deguste el pensamiento epistolar (hay “pensamiento epistolar”, ¿no os parece?).

Pero antes de cerrar esta carta, de despedirme y poner, a sus pies o a su cabeza, mi nombre y la fecha tengo que decir que el hilo de Ariadna determinante para que un museo sea un depósito de vida viva y no de cadáveres peligrosos, para que la memoria sea madre y no carcelera, tiene que ver con el idioma-lengua. Tiene que ver con esas palabras cuya carnalidad formal varía de uno a otros territorios y, sin embargo, si no se cuida lo que de sororidad y fraternidad poseen, su vulnerabilidad dejará que se erijan fronteras en vez de cabañas. Idioma donde aprendimos a respirar ignorantes de que el aire puro de las lenguas es siempre el mismo aire, el que –como propuse antes– sopla para que se vaya lo que daña y enemista, y lo hace con la solvencia y el poder del mejor deseo que la infancia sopla sobre sus velas de cumpleaños.

Érase una vez un universo en el que el hilo del pensar y el del crear eran el mismo hilo-lengua... Érase una vez un lugar del universo donde amar y crear se regían por una lengua consciente en la que el pensamiento que habita en ella buscaba con tesón comunidad y no violencia.

La comunidad es la lección y el misterio de los jardines: multiplicidad de especies, con sus necesidades y sus ritmos, con sus reglas de temporalidad y de espacios; si unas y otras vidas no se entienden entre sí ha de ser la mano que crea la que tendrá que esmerarse para que prime la concordia. La concordia y la armonía se diferencian en algunos matices: la concordia requiere pacto entre iguales, la armonía ejemplifica el pacto natural ante la diversidad de la vida. Sí, lo que no tiene vocación de concordia o lo que quiere destruir

la armonía es violentamente antinatural, no ama la vida y se alimenta, con resentimiento, de la destrucción. De manera que, con todo, por mucha ingenuidad que contenga la afirmación de que un museo se ofrece como muestra de concordia (y armonía), sigo proponiendo la experiencia de la comunidad de seres humanos que, ante un algo cuidado en un museo simbólico, como lo aquí traído a colación elevándose por encima de lo concreto, nos emocionamos, nos sorprendemos o nos enfadamos constructivamente, sorprendidos o reafirmados en lo valioso del pensar sintiente, de la razón poética. Nos prendemos en aquello que podría ser espacio de lo común para pensar en común justo lo que no puede destruirse ni desecharse. Mnemosyne y las Musas, la madre y las hijas... Las amigas.

He recordado, al revisitar las notas que tomé en la exposición *La edad de oro de los judíos de Al Andalus*, donde “me encontró” la imagen que ha desencadenado esta carta, que cuando era una niña en sus primeros años escolares y al aprendizaje de las herramientas maravillosas que son la lectura y la escritura se le fueron añadiendo “cosas”, “saberes”, “destrezas”, “relaciones intelectuales”, me enamoró la historia de que la lengua con la que me comunicaba en casa y en su afuera, el español o castellano (en aquel tiempo todavía no sabía diferenciarlo) también había sido lengua niña y dependiente de una “lengua mayor”, y se había ido poblando de experiencias y sueños, que había crecido y ya no le valía la ropa de antes... Me enamoró ese viaje de las palabras, saber que las palabras eran otras en otros lugares pero que también habían sido niñas aprendiendo e imaginando el día de mañana. Comparaba yo esos viajes con los maravillosos desajustes de agenda festiva que incluían museos y calles pobladas de solemnidad e historias que desentrañaban la memoria de los padres, su saber de adultos (decíamos “mayores”), o las visitas dominicales a familiares en el invierno que se convertían en excursiones al campo en primavera presagiando la libertad del verano.

Eran viajes iniciáticos en los que teníamos que estar muy atentas para no perdernos nada; eso lo supe después, avezada ya en la observación. Despertaban rincones dormidos todavía en la imaginación y en el cuerpo, y se convertían en la compañía afable o incómoda de quien quiera que fuéramos y de quien quiera que llegaríamos a ser. Advertían ya del fin final de la vida, de la capacidad inasible de las palabras que se suben, cuando están a punto de cerrarse las puertas, en los vagones de metro con la intención de que no las olvidemos con tentadora tendencia a la renuncia... Pues bien, de todo ello se han ocupado siempre dos palabras –eso es lo que he recordado– que “se me dieron” en una clase de “orígenes del español” y que vuelvo a ver escritas en la exposición que os cuento. Descubro, con sorpresa, que se convirtieron en “valiosas valedoras”, en velita que hoy, ahora mismo, sé encendida todavía: las palabras de una lengua nacen con genealogía, crecen con circunstancia, maduran y cambian como los seres humanos, aparecen como ellos, desaparecen como ellos, se olvidan... como ellos, se recuerdan... como ellos.

No os he dicho aun “las dos palabras” que leo en la exposición: jarcha y moaxaja (me parece que no las había vuelto a escribir desde que tenía 8 ó 9 años).

Oigo la voz de mi profesora: “y la primera vez que ya tenemos algo por escrito que es español inicial, llegado de un universo de árabes y judíos, lo llamamos moaxajas; son poemitas

que empiezan con el último verso de otro poema. Ese último verso se llama jarcha. Así que tenéis que saber que la jarcha, de alguna manera, es el estribillo de la moaxaja”.

El estribillo, lo que retorna, lo que une la diferencia que todo verso alienta, lo que amplía el significado porque atraviesa el puente del tiempo. Diferencias armónicas, discurrir en la partitura de la concordia... Proust, el quijotesco Cervantes. Delirios que pueblan los museos de la memoria, su teatro...

Os aguardo con ganas

Marifé

(6 de diciembre de 2023,
en España, día de la Constitución. Es fiesta)

Abstract: Based, as an exemplary excuse, on a visit to the exhibition The Golden Age of the Jews of Al Andalus, a reflection is proposed on the need or not to keep, in order to share it, the memory, with its crossings between the personal and the common. This reflection becomes the beginning of a reflection on the meaning of the museum today, when the coordinates of space and time have changed and, by the same token, what could have been considered idiosyncrasy or even identity culture has been deterritorialized. What sense does it still make to talk about collecting time when what is being offered is precisely to 'lose it' in the most superficial sense of the term? Where is the value of the intimate, as the foundation of creativity and, therefore, of freedom, when neoliberalism is based on the consumption of exhibition, undervaluing the profound experience of contemplation and listening, the keys to respect?

Keywords: Memory - Time - Archive - Word - Museum - Respect

Resumo: Com base, como pretexto exemplar, em uma visita à exposição A Idade de Ouro dos Judeus de Al Andalus, propõe-se uma reflexão sobre a necessidade ou não de guardar, para compartilhá-la, a memória, com seus cruzamentos entre o pessoal e o comum. Essa reflexão se torna o início de uma reflexão sobre o significado do museu hoje, quando as coordenadas de espaço e tempo mudaram e, da mesma forma, o que poderia ter sido considerado idiosincrasia ou até mesmo cultura de identidade foi desterritorializado. Que sentido ainda faz falar em colecionar o tempo quando o que está sendo oferecido é precisamente “perdê-lo” no sentido mais superficial do termo? Onde está o valor do íntimo, como base da criatividade e, portanto, da liberdade, quando o neoliberalismo se baseia no consumo de exposição, subestimando a experiência profunda da contemplação e da escuta, as chaves para o respeito?

Palavras-chave: Memória - Tempo - Arquivo - Palavra - Museu - Respeito
